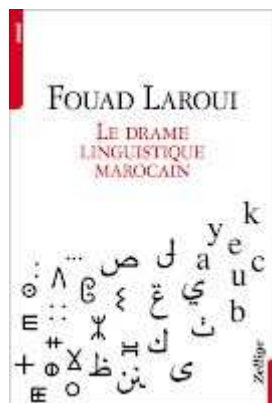


Fouad Laroui: Le drame linguistique marocain

Francisco Moscoso García



El libro de Laroui es una reflexión en alta voz con la que el autor pretende abordar las causas del drama lingüístico de Marruecos, el porqué del fracaso escolar, el índice tan alto de analfabetismo y la inseguridad lingüística en el uso del árabe literal. El libro está estructurado en tres capítulos y unas conclusiones. El autor, que enseña actualmente literatura francesa, ha querido incluir un apéndice en el que aborda la problemática del escritor marroquí en lengua árabe y francés.

LAROUÏ, Fouad. *Le drame linguistique marocain*. Léchelle, Zellige, 2011, págs. 188. ISBN: 9782914773386

En la introducción, Laroui pone como ejemplo a Mohamed Nedali, escritor en lengua francesa, para significar cuál es la situación lingüística en Marruecos. Basándose en su propio testimonio, dice que en su vida ha estado confrontado a cinco lenguas: el amazige –su lengua materna–, el árabe literal en la escuela, el árabe marroquí –aprendido al mismo tiempo que el literal–, el francés como lengua extranjera y, más tarde, aprendió el inglés en la escuela (pp. 8-9).

El primer capítulo lleva por nombre “las lenguas de Marruecos”. El autor, que manifiesta tener unos buenos conocimientos de literatura árabe e historia de la lengua árabe, parte de la constatación que el árabe clásico no se habla en la vida cotidiana, y ni siquiera se ha hablado nunca, y además no ha evolucionado desde que apareció el islam, lo cual significa que las obras clásicas “siguen siendo actuales” (p. 20). Esto puede explicar –según el autor– el porqué escritores como Laâbi, Serhane o Ben Jelloun eligen escribir en francés: “Una lengua en evolución constante (el francés), ¿aplasta menos al escritor bajo el peso de los clásicos que una lengua casi inmutable, cuyos clásicos son de alguna manera todavía ‘contemporáneos’? Es una hipótesis interesante” (p. 22). El autor pasa a abordar a continuación las dificultades del árabe clásico: la manera en la que se escribió el Corán, la no vocalización de los textos que dificulta su lectura, las complicaciones morfológicas como el dual o la sintaxis, una riqueza léxica que está en los diccionarios, la poesía o los libros, pero no en la vida cotidiana. El autor argumenta que no se vocaliza el texto para no “penalizar a los lectores avanzados” (p. 42), quienes leen sin vocales, aunque con reservas, lo cual les llevaría a focalizar la mirada en tres líneas. Por consiguiente, “el árabe clásico es, y permanecerá, exclusivo de una pequeña casta de letrados: los que tienen el tiempo, la energía y las capacidades intelectuales necesarias para intentar ‘acercarse a los límites de ello’. Aquéllos se opondrán siempre a la mínima reforma” (pp. 50-51). Al ser el árabe clásico una

lengua escrita –como bien apunta Laroui– no puede evolucionar de forma natural e introducir cambios que se hacen gracias al uso oral de una lengua (p. 54). Y la pregunta es la siguiente: “[...] el problema de la creación literaria: ¿cómo es posible ésta en una lengua que “no puede expresar la vida”? (p. 55) Dentro de este hilo argumental, el autor trae a colación la obra de Choubachy (Choubachy, Ch. 2007. *Le Sabre et la Virgule*. Paris, L’Archipel - traduction de Vive la langue árabe! À bas Sibawayh! paru en arabe) y sus palabras: el árabe clásico es “un yugo que encadena el cerebro árabe y traba nuestras energías creadoras, una brida que estrangula y refrena nuestros pensamientos” (p. 56), lo cual le valió ser acusado de destruir el islam y la nación árabe. Sobre el árabe literal (moderno o estándar) señala su mayor flexibilidad con respecto al clásico, siendo una lengua con tendencia hacia lo analítico, al contrario que el carácter sintético del registro clásico. Por otro lado, el árabe literal coexiste con los dialectos y se enriquecen mutuamente, pero aquél sigue teniendo dificultades de tipo estructural como la ausencia de vocalización, la no existencia de una Academia de la lengua árabe común a todos los países árabes, la falta de voces que expresen los nuevos avances tecnológicos o el hecho de que continúa siendo una lengua no materna que no se emplea en la vida cotidiana, por mucho que un locutor de radio o televisión la emplee en los medios de comunicación. Sobre el árabe dialectal marroquí (darija) dice que es la lengua materna de los marroquíes que no son berberófonos, aunque bajo nuestro punto de vista su definición carece de una visión diacrónica: “La darija es el resultado de la interpenetración del árabe literario, de los diferentes dialectos bereberes, del francés y, en menor medida, del español” (p. 67). Esta descripción sincrónica, podría haberse extendido aún más a una diacrónica en la que se haga valer la evolución y nacimiento del árabe marroquí remontándose a los primeros momentos de la conquista árabe en Marruecos. Nos parece muy acertada la mención que se hace del trabajo de Abderrahim Youssi (p. 69) como traductor de obras de la literatura europea al árabe marroquí, sobre su futura publicación en relación a un tratado de ortografía de esta lengua en la que apuesta por la escritura en grafía árabe y por la apuesta que se hace por esta lengua materna como medio para luchar contra la tasa de analfabetismo tan alta del país. Sobre la lengua bereber, nos parece digna de mención la crítica que se hace a la política de estandarización de esta lengua desde el IRCAM, ya que sería “una construcción o una reconstrucción”, que “no es la lengua materna de nadie, cayendo en la misma problemática que la del árabe literario” (p. 71, nota 124). Y una vez más hacemos referencia a la trampa de las estadísticas. Para Ahmed Boukous, director del IRCAM, el amazige es la lengua materna de un 28% de la población marroquí según el censo de 2004, mientras que para otros como Jilali Saib es de un 60% (año 2001). El capítulo termina con un apartado dedicado a la lengua francesa y otro a la española, dos lenguas, sobre todo la primera, que sin ser oficiales, tiene un peso en la administración, la educación, la creación literaria y la sociedad marroquí.

El segundo capítulo se titula 'La cuestión de la diglosia'. Después de explicar en qué consiste este fenómeno y la relación entre el registro árabe culto y el dialectal, el autor introduce un apartado al que llama "la diglosia invisible" (pp. 86-96) que –a nuestro juicio– es una de las contribuciones más interesantes del estudio de Laroui. Esta denominación, que en inglés se dice "The elephant in the room", está explicada en distintos ejemplos. Uno de ellos es el que alude a las barberías marroquíes: mientras que en el rótulo consta ḥallāq, ningún marroquí emplea este término del árabe literal sino ḥažžām (p. 92). Y otro, un informe de 2006 del Programa Internacional en Investigación sobre la Lectura Escolar (PIRLS), que sitúa a los alumnos marroquíes de 4º año de primaria en el penúltimo puesto en un ranking de 45 países; la conclusión es que los alumnos no suelen leer fuera del ámbito escolar y que los padres no pueden implicarse en la vida escolar, ya que no dominan la lengua en la que se instruye a sus hijos (pp. 92-93). Pero quizás lo más llamativo de esta "diglosia invisible" es el hecho de "asimilar el árabe clásico a la 'lengua nacional'" (p. 95). Todo ello conduce a la palabra "arabización", que plantea muchos interrogantes, empezando por el árabe en el que hay que arabizar: clásico, darija, un registro intermedio... En la sección siguiente de este capítulo, se abordan las consecuencias de la diglosia, entre las que se destaca que la imposición del árabe clásico en la enseñanza es "responsable de la esquizofrenia nacional" (p. 98), ya que la lengua materna no tiene ningún valor y el alumno no llega a tener un dominio aceptable ni del árabe literal ni del francés. El sector privado, mientras tanto, se desarrolla, las escuelas francesas, españolas o inglesas albergan a la clase media-alta que dirigirá en un futuro el país y el Estado ahorra bastante dinero en la enseñanza pública derivando a estos alumnos hacia lo privado (pp. 110-111). El autor concluye: "La nación todavía tiene que ser inventada, a partir de la escuela primaria. O bien, permanecerá una noción mutilada, incompleta, y diciéndolo todo, poco movilizadora: el terreno estará liberado para todas las tendencias regionalistas, separatistas, y para todas las formas de sectarismo y de 'identitarismo' religioso" (p. 118). Nos parece interesante que la situación de diglosia se compare con la vivida por Grecia cuando se empleaba la katharévousa, lengua griega arcaizante empleada por el Estado, frente a la dhémotiki, lengua materna (anexo, pp. 119-120). El primer registro fue suprimido de la escuela pública en 1976 y una ley convierte en lengua oficial a la segunda. Pero, la situación difiere de la marroquí: "la katharévousa no era una lengua sagrada. Los dioses de la Grecia clásica no han intervenido en la gran querrela lingüística griega..." (p. 120).

El capítulo tercero está dedicado a las controversias lingüísticas surgidas, que se pueden clasificar a favor y en contra de la darija, la relación entre el registro culto y el dialectal y el bilingüismo. A favor, se puede esgrimir el placer que encuentran los marroquíes cuando leen en árabe marroquí, es el caso de boletines como khbar bladna o

Amal. Las razones que se han dado en contra de su uso –según el autor– no son de tipo lingüístico sino cultural y político, como el panarabismo, cuando en la práctica los países árabes están desunidos. Otra razón conocida es sentimental, en marroquíes francófonos que no dominan el árabe clásico, pero para quienes el darija no es una verdadera lengua y el francés no es su lengua; estas dos lenguas son empleadas por cuestiones prácticas, llegando a argumentar que “hay que conservar el árabe clásico como lengua oficial del país, ya que es la única ‘lengua verdadera’ que es verdaderamente la nuestra, incluso si no la empleamos” (p. 126).

En la Conclusión a los tres capítulos abordados en esta obra, Laroui aborda cuatro posibles opciones para afrontar el problema: negar el problema o dejar que converjan los registros árabes, lo cual resulta ilusorio; reconocer que el árabe marroquí es la verdadera lengua de los marroquíes; dejar como lengua oficial el árabe clásico y hacer del árabe marroquí la lengua de enseñanza; o escribir con letras latinas, al ejemplo de Malta, el árabe marroquí. Para esta última opción, el autor enumera las ventajas: se evita el problema de la vocalización, se eliminan las flexiones (analítica), se transcriben bien los nombres propios y la toponimia, se introducen las mayúsculas.

El libro acaba con las referencias bibliográficas y un apartado titulado “La maldición del escritor marroquí”. Desde la literatura, Laroui reflexiona sobre el hecho de que ésta esté relegada a un público selecto y, en el caso de Marruecos, se anuncia desde la independencia el fin de la literatura marroquí de expresión francesa, sin que ello se haya producido. Y la pregunta es la siguiente: “¿Puede ser calificada de ‘nacional’ una literatura si la ‘nación’ no puede leerla?” (p. 166).

Hemos echado en falta, en una obra que ha sido publicada en 2011, una referencia al coloquio que la fundación Zakoura organizó en junio de 2010 y cuyas actas fueron publicadas (*Actes du colloque international، اللغة اللغات، Language, languages; la langue les langues. Casablanca, 11-12 juin 2010. Casablanca: Fondation Zakoura Education, 2010*). En este coloquio, participaron lingüistas, sociólogos e historiadores de Marruecos, Francia, Grecia, España y Malasia, así como docentes, periodistas, escritores, psiquiatras, psicoanalistas, empresarios y profesionales de la comunicación en general, todos ellos marroquíes. Entre las recomendaciones que se hicieron están: el reconocimiento como lenguas nacionales del árabe marroquí y el amárgi; la estandarización de una lengua árabe moderna, mediante la creación de una academia y desde los departamentos universitarios; el refuerzo de la enseñanza de las lenguas extranjeras y su diversificación; la codificación del árabe marroquí en caracteres árabes, sirviéndose de él en la enseñanza desde preescolar; la búsqueda de puntos comunes entre el árabe clásico y el árabe marroquí; la recogida del patrimonio oral; la sensibilización de la población marroquí para que aprenda también

el amazige; la formación de los docentes e inspectores de la enseñanza; la promoción de la edición en este sentido; la traducción de obras de la literatura universal; y la puesta en marcha de campañas de alfabetización, emisiones televisivas y la introducción en los servicios administrativos de las lenguas maternas. Al coloquio siguió todo un debate nacional en la prensa marroquí en el que se discutieron todas estas recomendaciones. Por otro lado, Laroui no menciona –aunque es probable que su texto fuera terminado antes– que el 1 de julio de 2011 se aprobó en referéndum la reforma de la nueva constitución que recoge en su artículo 5 como lenguas oficiales el árabe y el amazige, siendo novedosa la inclusión de esta última lengua. También se menciona el ḥasaniyya, diciendo que el Estado trabaja por su preservación y se alude a “la conservación de los dialectos y las identidades culturales”.

El texto de Fouad Laroui supone una contribución importante al debate que sobre la lengua está teniendo lugar en la sociedad marroquí desde hace unos años. Nos ha parecido sobre todo interesante su concepto de ‘la diglosia invisible’ y las reflexiones que realiza desde la literatura árabe clásica y marroquí contemporánea, de expresión árabe y francesa.